

EL AMIGO CATÓLICO,

DEFENSOR DE LOS LEGÍTIMOS INTERESES SOCIALES:

RELIGION, FAMILIA, PROPIEDAD

Y ÓRGANO DE

LOS CÍRCULOS CATÓLICOS DE OBREROS.

FUNDADOR Y DIRECTOR:

Dr. D. Manuel Gonzalez Francés,
Canónigo magistral.

CENSOR ECLESIASTICO:

Dr. D. Manuel Jerez Caballero,
Canónigo penitenciario.

SECCION DOCTRINAL.

LAS HUELGAS.

Religion, familia, propiedad.

Estas santas palabras estampadas al frente de EL AMIGO CATÓLICO lucen como estrellas que guían á los pobres náufragos en la deshecha tempestad social que estamos corriendo; y si Dios, en sus inescrutables designios, tiene determinado que haya salvacion para ellos y que vuelva á disfrutar el mundo tiempos serenos y bonancibles, solamente en el poder misterioso de ese bellissimo lema podemos fundar la esperanza de arribar algun dia al deseado puerto.

Esas palabras, y la de *Patria* bastarian, bien meditadas, para corregir á los hombres, si por un momento pudieran desprenderse de groseros instintos y emanciparse del imperio de la concupis-

encia, para elevar su alma á la contemplacion de su significado y á la estimacion de su bondad exquisita. Sin patria no puede haber propiedad ni familia; sin religion no puede existir ninguna de ellas; y esto es tan palmario, que lo confiesan á cada paso los mas descreidos, los mismos que con sus doctrinas disolventes y sus actos abominables conspiran contra el órden social, sin reparar en la contradiccion en que incurren, por esa obcecacion del entendimiento, que es la primera causa de todas nuestras dolencias morales.

De aquí resulta la obligacion en que están todos los hombres de conciencia de contribuir, segun sus alcances, á restaurar y mantener esos altísimos intereses en pró de los suyos propios y del bien comun. Todos podemos, y todos debemos hacer algo por vigorizar la fé, amortiguada, si no

del todo extinguida en muchos corazones al helado soplo del escepticismo; por reanimar el amor á la patria y á la familia; por restablecer el respeto á la propiedad; sólidos y únicos fundamentos del orden social, combatidos hoy y fracasados por el violento empuje de las revoluciones.

En esta noble y árdua empresa pertenece el puesto de honor á aquellos que por delegacion divina están encargados de predicar la moral, de exponer los dogmas, de guiar á los hombres por el sendero de la virtud y de amenazarles con el castigo si por su desdicha agravian á la justicia eterna. Esta enseñanza fundamental está magistralmente desempeñada por insignes doctores, quienes no solo desde el púlpito en elocuentes discursos y en todas las demás formas á que se presta su elevado ministerio, deraman abundantemente la buena semilla, sino que además dedican sus elegantes y eruditas plumas á la misma obra, llenando con notables escritos las columnas de las publicaciones católicas.

A los profanos que no cuentan con esa autoridad ni con esos talentos, les queda sin embargo algo que hacer; coadyuvar á la empresa con sus observaciones, con el fruto de su experiencia, con la aplicacion del sentido co-

mun; procedimiento, que, aunque mas sencillo, puede tambien dar lugar á la conviccion y á poner á los extraviados á punto de emprender el buen camino.

En tal concepto voy á decir algunas palabras acerca de *las huelgas*.

La revolucion es una. En todas partes, en todo momento, en toda ocasion, y pudiéramos decir, empleando su propia jerigonza, *en todas sus manifestaciones*, su esencia es la misma, idénticas sus tendencias, iguales los fenómenos que ofrece á la contemplacion del moralista. Obsérvense sus caracteres en los pueblos mas diversos y mas distantes, y se verá que son los mismos, sean las que quieran las condiciones de clima, de raza ó de tradicion que los distinguan, sea el que quiera el nombre que lleve el régimen político que en ellos impere, ya se llame república ó cesarismo, ya estén sometidos á un gobierno de los llamados parlamentarios. Ciertos accidentes podrán ocultar por el momento los estragos del mal á las miradas de observadores miopes, ó aparentar alguna diferencia en los modos de manifestarse: pero á poco que se fije la atencion, ó al cabo de algun tiempo, se restablece á los ojos de todos la identidad y ubicuidad del daño.

Estudiemos el fenómeno en el ejemplar mas próximo, en nuestra España, y veremos cómo, al estallar triunfante y ufana la revolución en 1868, lo primero que hizo con visible apresuramiento, y como si le faltase tiempo para poner en práctica sus principios, fué proclamar lo que los revolucionarios llaman *libertad de conciencia* y que en realidad no es mas que guerra á la religion católica: conspirar contra la integridad de la patria fomentando la rebelion anti-española en América, para llevar á cabo la obra que tan adelantada dejaron los revolucionarios de anteriores épocas: asestar certero golpe contra la institucion de la familia decretando por sorpresa el matrimonio civil: abrir ancha brecha en el derecho de propiedad, mejorando la condicion de los ladrones con la escandalosa reforma del código penal, reforma que, segun la calificacion exactísima de una persona (cuya opinion no puede ser sospechosa de prevenicion ó parcialidad, porque es revolucionario decidido) «parece hecha, mas bien que en unas córtes españolas, en el patio de un presidio.» Y para concluir este ligerísimo resúmen de los hechos que dan evidente muestra de los propósitos y tendencias de la Revolución, la hemos visto amparar y

dar calor á la Internacional, con escándalo y sobresalto de todas las gentes honradas.

¿Y qué es esto, sino lo mismo que sucede en Alemania, lo que affige á Italia, lo que acontece en Suiza, lo que ha presenciado el mundo con espanto durante el imperio de los comunistas en París, salvo diferencias accidentales debidas á las circunstancias? ¿Qué otra cosa son las doctrinas proclamadas públicamente en los Congresos de Ginebra, de Bruselas y en otros mil conciliábulos celebrados en Europa y en América, en los que franca y abiertamente se ha tratado del modo de subvertir el órden social? ¿Qué otra cosa predicán centenares de periódicos sublevando á los pueblos contra toda autoridad, despertando y lisonjeando sus mas groseros instintos, y acreditando que existe plan concertado entre esos malhechores, y que su conspiracion se estiende por todas partes como una red con que se pretende abarcar el mundo entero para acabar con la civilizacion presente?

Despues de esto, ya no hay nada que decir para definir las *huelgas*. Estas no son ni mas ni menos que uno de tantos fenómenos producidos por la revolucion que nos asedia con su infernal propaganda. Guerra á Dios, es decir,

rebelion contra todo freno moral, contra el deber, contra la justicia: guerra á la Sociedad, destruccion de todo lo existente; esa es la divisa de la empresa revolucionaria, y lo mismo la ostentan los comunistas de Paris, que los asesinos de Montilla, que los incendiarios de Alicante, que los huelguistas que ahora mismo se han levantado en el estado de Pensilvania. Rebelion y muerte, robo é incendio, son los procedimientos comunes á todos.

Pareceria ociosa tanta insistencia en demostrar una identidad, que nadie puede poner en duda, si no conociésemos el modo de estudiar y definir estos desastres, que se estila entre periodistas y filósofos, y los medios que para remediarlos proponen éstos y aplican los gobernantes; con ese antecedente no solo se justifica esta explicacion, sino que tambien da lugar al conocimiento de que el error está en las inteligencias antes que en las conciencias, y de que ó no pueden ó no quieren conocer siquiera la naturaleza del mal los médicos á quienes está encomendado el remedio.

Se ha citado en renglones anteriores la huelga de Pensilvania en los Estados-Unidos y, con motivo de esa reciente catástrofe, diré lo único que puede pasar por nuevo relativo á sucesos de esa

especie. Algunos años há, cuando Europa se hallaba ya aflijida por ese azote y el porvenir de su industria amenazado por esa dolencia social, era opinion de muchos hombres de los que se llaman pensadores, que el mal no alcanzaria á los pueblos de raza anglosajona por su carácter y costumbres, por el privilegio de que gozaban con su *self-helj* y su *self-government*, por su tradicional respeto á las leyes, por su larga práctica en el goce de libertad política y civil, y demás cualidades anexas á su condicion, que los mantendrian á cubierto de los excesos de la demagogia, en que incurren siempre que hablan de libertad á la moderna los pueblos latinos. Casi por axiomática pasó esta opinion durante algun tiempo, y tal fué la confianza de los interesados, que hemos visto á Inglaterra jugar con el fuego; que no otra cosa es haber tomado á broma y visto sin alarma propagarse las doctrinas de Bright y Gladstone, hasta el punto de influir y aun formar parte de su sistema de gobierno, y por último llevar el delirio y abandono al extremo de negar á Francia el derecho de extradicion de los comunistas de Paris.

Por lo que toca á los Estados-Unidos, cuya forma de gobierno tiene á este desarmado é impo-

tente contra toda sedición popular; cuyas leyes y costumbres ofrecían seguro refugio é impunidad completa á todos los criminales y gente aviesa del mundo entero; fácil era prever que los internacionalistas no desperdiciarían tan favorables condiciones y que elegirían aquel país como uno de los más propios para ejercer su propaganda con la seguridad de que daría abundantes cosechas su funesta semilla. Era tal, empero, la fé que tenían las gentes que se llaman conservadoras en esas ponderadas precauciones de la raza anglo-sajona, que años atrás, cuando se habían dado ya en aquel país algunos casos de *huelga*, y se mostró con caracteres más alarmantes la de los carpinteros de Nueva-York y simultáneamente hubo en la misma ciudad, y en algunas otras de las más importantes, numerosos *meetings* de la Internacional, en que con toda franqueza hizo alarde de sus principios y de su fuerza; tuvo ocasión el que escribe estas líneas de hablar del asunto con una persona del país, de arraigo y de experiencia, que contestó á sus observaciones sobre la gravedad de aquellos sucesos con estas ó equivalentes palabras: «Ustedes los europeos, acostumbrados á las formas y maneras de gobiernos autocráticos, no pue-

den desprenderse de cierta preocupación al juzgar de nuestros asuntos. Todos esos ruidosos *meetings* y aparatosas algaradas, que á V. le parecen graves síntomas de anarquía, son hechos naturales, ordinarios y propios de nuestras instituciones, y no tienen más consecuencias que desahogar la efervescencia popular y servir, como las válvulas de seguridad en las máquinas, para evitar explosiones peligrosas. Déjelos V. que griten y proclamen cuanto quieran, que si algún día quisiesen apelar á vías de hecho y atentar contra lo ajeno, aquí donde todo el mundo trabaja, todos están dispuestos á no dejarse arrebatar el fruto de su trabajo, y al que tal cosa intentara se le aplicaría pronta y sumariamente la ley de Lynch.»

Después de aquella conversación ocurrieron los incendios de Chicago y la serie de gravísimos desastres que han ido sucediéndose hasta este último de Pittsburg, cuyos horribles pormenores acabamos de saber. Anarquía y sangre, incendio y robo; esa es la huelga de Pensilvania, esas son todas las huelgas, esa es la Internacional, esa es la *Revolución*: y en cuanto á los poderosos medios de represión con que contaba mi interlocutor, una de las particularidades que han ocurrido

en el reciente caso de Norte-América, ha sido que parte de la fuerza pública, que se destinó á combatir á los revoltosos, hizo causa comun con ellos.

No sabemos si aquel buen anglo-americano y tantos otros que como él pensaban, seguirán pensando lo mismo acerca de la Internacional y de la facilidad de corregir sus desmanes. No sabemos si los ingleses habrán rebajado algo de su optimismo y de la idea que tenían de la condicion privilegiada de su raza, ante los lamentables desórdenes del mismo género ocurridos en Euvisa y en otros distritos del Reino Unido en los últimos tiempos. Lo que sí podemos saber es que, sean los que quieran los cambios ocurridos en esas primitivas aprensiones, hay notoria falta de exactitud en los juicios y lamentable pequeñez en los razonamientos de los que se dedican á buscar la resolucion de tan temeroso problema. Risa causarían los medios que se proponen para conseguirlo, si el asunto no fuese tan triste y aterrador. Recientemente ha premiado la Sociedad Económica Matritense una memoria dedicada á este asunto, cuyo autor propone como remedio infalible para acabar con las huelgas «que se consagre de una vez la absoluta libertad de la conciencia.» Por esta y por otras

recetas parecidas que hallamos á cada paso en los flamantes tratados de terapéutica social se ha dicho ántes que cuesta trabajo hablar formalmente de tales lucubraciones. ¿Cree el autor de tan curiosa doctrina que en Alemania, en Bélgica, en Inglaterra, en los Estados-Unidos, donde la Internacional y sus huelgas se presentan más pujantes, no hay todavía suficiente de eso que él llama «libertad de la conciencia»? ¿Podría citarnos algun caso de huelga en alguna nacion, en que se hayan conservado puros los sentimientos de *religion*, de *patria* y de *familia*?

A conservar, pues, y á fomentar esos salvadores sentimientos debemos todos dedicar nuestros esfuerzos. Y visto que no sirven para el caso ni los sábios, ni los filósofos, ni los políticos, ni los estadistas, ni los millonarios; llamemos á los mismos trabajadores, en cuya clase reclutan sus prosélitos los apóstoles de la Revolucion, á que opongan su fé y su honrada firmeza contra el engaño de la maldita propaganda. Los ejércitos de la internacional están compuestos de los malvados, que forman su núcleo y á quienes reunen sus perversos instintos, de los cándidos atraídos por la seducción y de los tímidos obligados por el terror. Pues

bien; que hagan frente á esas falanjes los hombres de bien y que solo temen á Dios.

Y no se crea que esto es nuevo. Jesucristo buscó para propagar su doctrina, no á filósofos, sino á pobres pescadores. Pero tengan cuidado estos modernos propagadores y defensores de la verdad de imitar á aquellos en su celo lo mismo que en sus virtudes, porque así y solo así es como podrán atraer y enseñar con su ejemplo. Guardense de la soberbia, y mas todavia de la vanidad, vicio que suele deslucir las mayores perfecciones, y al que están muy expuestos los que toman sobre sí encargo de tanta importancia. Cuiden mucho en sus reuniones de guardar las formas de la mas sencilla hermandad, sin incurrir en la imitacion de las llamadas *parlamentarias*, tan exóticas como ridículas. Perseveren en sus propósitos, ya felizmente en práctica, de ejercer la caridad mútua: y Dios bendecirá su obra, y las futuras generaciones tendrán mucho que agradecer á su abnegacion y á sus esfuerzos.

¿Se me permitirá concluir con una observacion, que quizá parezca nimia é impertinente?—Yo quisiera que en vez de llamarse esas corporaciones benéficas *Círculos de obreros* hubiesen adop-

tado otro nombre mas propio del idioma nacional: por ejemplo, el de ASOCIACIONES DE ARTESANOS.

Córdoba 14 de Agosto de 1877.

J. Ruiz Leon.

DISCURSO

pronunciado en la sesion de apertura de la asamblea general de los Círculos Católicos de obreros por el Sr. Conde Alberto de Mun.

(Conclusion.)

La víspera de la batalla de Fevisoles Francisco I reunió en consejo de guerra á los principales jefes de los ejércitos: Montluc estaba entre ellos; todos habian dado su parecer votando á favor de la retirada; Montluc se contenia con gran pena en los límites del silencio; cuando le llegó el turno y pudo hablar, lo hizo con tan grande energía, que movió á su favor el corazón del rey, y prometiéndole la victoria, le determinó á librar la batalla.

«Yo entiendo, decia, que todos dicen á mi alrededor: si perdemos, si perdemos, ¿quién puede calcular los inmensos males que brotarán de la derrota? Pero yo únicamente sé decir: si ganamos, si ganamos, ¿quién puede calcular los grandes bienes que brotarán de la victoria?» Hé aquí, señores, el lenguaje de un soldado. Examinemos, pues, los resultados de nuestra victoria; ganaremos, lo repito con una firme confianza, porque Dios está con nosotros, y este «ganaremos,» es la salvacion de Francia, de la Francia que es católica y que no pue-

de dejar de serlo, que encontrará su salvacion en este camino glorioso á que la antigua religion de nuestros padres le ha traído durante tantos siglos: de Francia, en fin, cuyo corazon cesaria de latir si se la separase de la Iglesia de que es hija primogénita. (Aplausos.) Servir á la vez á su Dios y á su pátria; hé aquí el objeto mas noble, mas grande y mas digno que puede entusiasmarlos.

Jóvenes, el amor de la pátria me llama y me arrastra hácia vosotros, que sois su porvenir y su esperanza, y que teneis, por lo tanto, derecho á mis últimas palabras.

Ayer un veterano glorioso de los combates librados por el derecho y por la justicia, os saludó desde esta tribuna con palabras de viva emocion, y os repitió con entusiasmo que no desespera de la salvacion de la pátria, porque vosotros estais interesados en salvarla. Yo os saludo á mi vez con la misma confianza, mis miradas se han cruzado con las vuestras y he podido leer en vuestros ojos el testimonio de la firmeza de vuestras almas. Llevais en vuestra frente un sello particular, y vuestras miradas indican una mezcla de entusiasmo y de gravedad, de ardor y de reflexion, que anuncian los grandes destinos para los que Dios os guarda. Vosotros no teneis los defectos que caracterizan á la generacion actual, entráis en el camino de la vida en la hora misma en que Francia está en peligro de muerte, y mientras tras-

curren vuestros primeros años vivireis oyendo los gemidos que el dolor arranca al corazon de la pátria, á fin de que guardéis durante toda vuestra vida un recuerdo que os sirva de leccion y que os aparte de las tentaciones de que ha sido víctima la generacion actual. (Aplausos.)

No lo olvideis nunca: el dolor, más bien que el gozo, engendra los héroes.

¡Los héroes! Señores, no rechazéis esta palabra; sabedla comprender: sin duda alguna el heroismo aparece á la juventud como la más bella de las coronas, y el sacrificio de la vida, que es la inevitable condicion, no basta á oscurecer sus rayos. Además del nombre que alcanzamos, nos anima á dar la sangre por una causa ilustre la esperanza de alcanzar una gloria inmortal: ésta es siempre la ambicion generosa de todos los corazones de veinte años; el que haya nacido con este glorioso destino, no dude de que lo alcanzará, y de que, cuando llegue el momento, hallará en el alma la fuerza necesaria para lograr su destino.

Desengañaos, sin embargo; si quereis ser algun dia dignos de vuestro destino, cuando la gloria, como dice Lacordaire, se presente delante de vosotros, sabedla conocer y llamar por su nombre; tened los corazones preparados para el combate supremo, para una lucha continuada é implacable contra todas vuestras debilidades; no quiero con esto decir que en la oscuridad del trabajo diario; que en el austero ejercicio

del deber no exista algo de heroísmo; os repito únicamente que luchareis un día en la escena de más grandes teatros, y que no entrareis dignamente en el campo de batalla, si antes no habeis vencido á todas vuestras debilidades, si en este combate diario contra vosotros mismos, no os anima la fiebre del heroísmo. Si olvidais el cumplimiento de este deber, el vigor de vuestra juventud se doblegará inevitablemente ante los peligros del gran día, y perdereis á la vez la fuerza y el renombre adquirido, y Francia, que cuenta con vosotros para alcanzar la victoria contra sus enemigos, tendrá el derecho de desesperar de su salvacion, porque en los días de duelo, si faltan los héroes, solo quedan los hombres, y los hombres solos no pueden salvar á nuestra pátria. (Aplausos.)

He vuelto otra vez, señores, por medio de un rodeo natural, á hablaros de la formacion de los hombres, que es el pensamiento que me domina y que debe ser la principal preocupacion de nuestras asambleas. Trabajemos en la formacion de servidores leales á la pátria, por medio de la fé que ilustra las almas, por medio de las doctrinas que dirigen las inteligencias y por medio del trabajo que educa los caractéres; atravesemos sin inquietud los peligros, las pruebas y las dificultades que encontraremos en nuestro camino, no nos dejemos abatir por el fantasma de una debilidad pasajera que quiera acobardarnos; marchemos adelante con

el corazon firme y la conciencia segura, como quien ha hecho á la pátria el sacrificio de su vida entera, como quien tiene la certeza de trabajar por su gloria.

Existe en la antigüedad un tratado admirable en el que el amor de la pátria brilla con toda su fuerza y del que voy á citaros un ejemplo que os anime y fortalezca. Cuenta Herodoto que Esparta y Argos estaban en guerra por la posesion de un lugar importante llamado Thyré: trescientos hombres escogidos se aprestan, en cumplimiento de una convencion hecha entre los dos pueblos, para venir á las manos en un combate solemne cuyo premio habia de ser el territorio aludido.

Se combatió hasta que quedaron extinguidos ambos ejércitos; todos los lacedemonios yacian muertos ó mortalmente heridos. Solo quedaron con vida dos soldados de Argos, que volaron á anunciar la victoria á su pátria. Pero un lacedemonio que se llamaba Othryades, al que quedaba solo un soplo de vida, se levantó, recorrió ensangrentado el campo de batalla, y viéndose solo, sacó fuerzas de su flaqueza para recoger algunos despojos y levantar un trofeo, testimonio infalible de que los adversarios habian huido, y en un escudo escribió con sangre: «¡La victoria ha sido para los lacedemonios!» Y, hecho este supremo esfuerzo, espiró.

Cuando volvieron los de Argos, encontraron el trofeo levantado, la inscripcion todavía humeante y á Othryades exhalando el último suspiro; pero la religion de-

fendia el trofeo, y la victoria fué declarada por los lacedemonios. Los poetas han cantado este magnífico efecto de la fuerza del corazón, y Simónides escribió para los espartanos un epitafio triunfante que todos conoceis.

Como Esparta y Argos, el Catolicismo y la Revolucion han venido á las manos; pero no es solo la posesion de una ciudad ni de un territorio lo que les divide: se trata de saber á quién ha de pertenecer Francia; no quiero decir á quién ha de pertenecer los territorios de Francia, sus ciudades, sus rios, sus valles y sus montañas, sino lo que es propiamente Francia, esto es, el alma de Francia y el corazón de sus hijos. (Aplausos.)

La lucha es encarnizada, porque el precio de la victoria es grande: y es que el alma de Francia posee una virtud incomparable para el apostolado, que no le permite, cuando la domina una idea, dejarla encerrada en el círculo de sus fronteras, sino que tiende á propagarla por todos los pueblos y ciudades del orbe. Registremos las páginas de su historia, y la veremos pasear con un ardor sin igual la bandera, ya del error, ya de la verdad, por todos los reinos; la veremos, presidiendo las cruzadas y esgrimiendo la espada del Evangelio en las mas lejanas regiones, y luego veremos á Voltaire acumulando sobre Europa las nubes eléctricas que formaron la tempestad del 89, cuyos estragos y consecuencias han alcanzado á todos los pueblos. Porque esto es

así, sobre el campo de batalla de Francia se ha empeñado un combate decisivo, del que, con los destinos de una nacion, depende el porvenir de una idea.

Nosotros debemos ser entre los católicos, perdonadme esta ambicion, como los trescientos lacedemonios que Esparta envió para su servicio á librar un combate en el que habian de pelear con la seguridad de alcanzar la muerte. Como ellos, lucharemos por la Iglesia nuestra madre sin miedo y sin volver la vista atrás, y si durante el combate y mientras se decide la victoria caemos heridos de muerte, antes de exhalar el último soplo de vida, sucumbiremos antes que huir de la muerte, porque la huida es la verdadera muerte. Cuando vencidos en las apariencias estemos próximos á sucumbir, debemos dejar como Othryades que nuestros adversarios celebren su victoria de un dia, y haciendo el último esfuerzo debemos plantar en el corazón de la patria, como un testimonio incontrastable de sus destinos inmortales, una cruz triunfante, que enseñe al mundo, á través de las edades, que Francia pertenece á Jesucristo. (Bravos y aplausos prolongados.)

SECCION DE VARIEDADES.

PIO IX Y LAS PEREGRINACIONES.

El Emmo. Cardenal Arzobispo de Compostela acaba de dirigir una notable carta Pastoral á sus fieles diocesanos, con el objeto de ha-

cerles conocer el gran triunfo que ha conseguido la Iglesia Santa, católica apostólica romana, la Silla de Pedro y el augusto Vicario de Jesucristo, en la presentación de las numerosas y distinguidas peregrinaciones recientemente llegadas de todas las partes del orbe á los pies de Su Santidad. Muchas de ellas las ha presenciado el Emmo. Señor Cardenal, con ocasión de su viaje á Roma para recibir el Capelo; y su testimonio, ya sobre el estado de salud del Papa, ya también acerca del movimiento religioso que acusan esas elocuentes manifestaciones, en que los hijos cariñosos dan pruebas de grande amor á su Padre Santo; así como sus consideraciones brillantes sobre el verdadero valor de esas continuas romerías, merecen ser conocidas de los buenos católicos.

Hé aquí algunos interesantes párrafos de la magnífica carta Pastoral:

«Es en verdad, una maravilla patente, un fenómeno humanamente inesplicable la longevidad de este venerable anciano y la conservación de su salud á pesar de tan multiplicados cuidados como le abruman, de las calamidades de la Iglesia que le afligen y de los disgustos que el mundo le ocasiona. Es objeto de general admiración la entereza de su ánimo, la claridad de su inteligencia, la frescura y viveza de su imaginación y la inimitable oportunidad de sus palabras. Todo, todo revela

una especialísima y constante asistencia del Espíritu Santo, según las divinas promesas, para bien y prosperidad de la familia católica cristiana tan reciamente combatida en los aciagos tiempos que corremos. Todo, todo evidencia el puntual cumplimiento de lo que nuestro divino Salvador prometiera á Pedro cuando le dijo: *Yo rogué por tí para que no falte tu fé, y tú confirma á tus hermanos.* Confianza, pues, hermanos é hijos muy amados, confianza; pues es evidente que Dios no nos abandona, sino que asiste constante y poderosamente á su querida esposa la Santa Iglesia.

Hallándonos en Roma, llegaban de todas partes del mundo numerosas, respetables y edificantes peregrinaciones. Allí los católicos Italianos, los Franceses, los Españoles, los Portugueses, los Ingleses, los Belgas, los Holandeses, los Prusianos, los Bávaros, los Polacos, los Austriacos, los Bohemios, los Húngaros, los Rumanos, los Búlgaros, los Griegos, los Armenios, los Americanos del Norte y Sud y los fieles de otros varios países que sería prolijo enumerar. Era de ver cómo se iban presentando tantas, tan numerosas y tan distinguidas peregrinaciones, cada una en su día, presididas siempre por Emmos. Sres. Cardenales, Arzobispos, Obispos, Eclesiásticos caracterizados, Príncipes, Títulos y otros personajes y damas de toda clase, condición y gerarquía; to-

das visiblemente animadas de un poderosísimo espíritu de fe, de piedad, de religiosidad, de amor, reverencia, adhesión y sumisión profunda al santo Jefe y Cabeza de la Iglesia universal. Era de ver cómo lo recibían en las extensas salas del Vaticano, de rodillas, con las manos en alto, arrasados los ojos en lágrimas y fijos en el dulce semblante de su amado Padre, prorumpiendo espontáneamente en himnos y aclamaciones de amor y bendición al representante de Dios en la tierra. Era de ver cómo le significaban sus más tiernos sentimientos y afecciones en sentidísimos y penetrantes discursos, á los que improvisadamente respondía el bondadoso Pontífice con una oportunidad, con una originalidad, con una corrección, suavidad y ternura que dejaba indeleble huella en los corazones de cuantos tenían la dicha de escucharle. Era de alabar á Dios el ver el apresuramiento y generosidad con que le ofrecían riquísimos, multiplicados y preciosísimos donativos, no contentándose con besar el pontifical anillo, sino precipitándose á los piés del venerable Anciano para besárselos, por más que Éste muchas veces delicadamente lo rehusase. Era en fin imposible asistir á aquellas diarias escenas sin sentir el corazón conmovido y agolparse las lágrimas á los ojos.

¡Cuánta grandeza! ¡Cuánta sublimidad! ¡Qué cuadros tan imponentes! ¡Qué espectáculos tan elo-

cuentes y significativos! Al presenciarlos, no podíamos ménos de exclamar: ¡Aquí está la mano de Dios! ¡Este es el triunfo de su justa causa! ¡Pío IX es el que de hecho reina é impera en el mundo de los corazones! Este siglo impío, presumido de sábio é incontrastable en sus consejos, para aniquilar á la Iglesia, ha pretendido aislar á su Cabeza y arrebatarse su antigua influencia sobre la humanidad. Al efecto le ha reducido á la condición de prisionero, le ha usurpado violentamente sus temporalidades y le ha privado de todo aquello que humanamente da prestigio, eleva, engrandece y crea ascendiente é influencia sobre las muchedumbres; pero la malicia humana ha visto frustrados sus designios, y Dios la ha hecho conocer una vez más que: *No hay sabiduría, no hay prudencia, no hay consejo contra el Señor.*

Ahora, cuando, según los consejos mundanales, el Pontífice debía estar más olvidado, más despreciado y más indigente; ahora es cuando se vé más ensalzado, más buscado, más querido y más provisto de todos los medios necesarios para satisfacer las indeclinables necesidades de su altísima posición y aun alargar su mano pródiga á las instituciones y obreros católicos que lo necesitan. Y es que cuando la gran sociedad cristiana veía al santo Pontífice sentado en su trono de Papa y Rey, disponiendo de las rentas de sus Estados y propie-

dades, á la vez que respetado y protegido por los principes y monarcas del mundo católico, persuadida de que entónces no necesitaba de otros auxilios, vivia tranquila sin afanarse en peregrinar á Roma para hacerle ostension de su fidelidad, ni de proporcionarle medios materiales con qué vivir y reinar; mas tan luego como la impiedad le ha reducido á la condicion en que se halla, se han despertado potentes los religiosos sentimientos de esta nacionalidad universal, mas numerosa que cuantas se conocen sobre la tierra, pues consta de mas de doscientos millones de ciudadanos; han palpitado con violencia los corazones; las miradas se han dirigido todas á su gran Padre, Pontífice y Rey, y como obedeciendo á un llamamiento de lo alto, han exclamado á la vez: ¡A Roma! ¡A Roma nuestras personas para que el mundo entero se persuada de que el Papa no está solo; á Roma nuestras palabras para que lleven el lenitivo al apenado corazon de Aquel que es á la vez nuestro corazon, nuestra cabeza y nuestra fortaleza! ¡A Roma con nuestros donativos, que no es propio de fieles y amantes hijos dejar perecer de hambre y necesidad á su amabilísimo Padre! ¡A Roma! ¡A Roma....!

Este grito resonó en todos los horizontes que recorre el sol, y de todos ellos salieron piadosas y pacíficas caravanas, que, surcando mares, salvando cordilleras y atra-

vesando valles y aun naciones, afluyeron á la ciudad eterna, recorrieron sus plazas y calles en edificante actitud, buscaron la morada del amado de su corazon, se arrojaron á sus piés, le saludaron con respetuoso cariño, pronunciaron las mas espresivas protestas de adhesion inquebrantable á su sagrada persona, llenaron su casa de riquísimos y variados dones y recibieron su bendicion con el rostro pegado al suelo. A la vista de espectáculo tan singular é inesperado, los enemigos del Papa y de la Iglesia se pasman y comienzan á conocer la magnitud, importancia é incomparable solidez del poder del Papado, los indiferentes abren los ojos, y los buenos, elevando sus manos al cielo, y dando gracias á Dios por sus providenciales bondades, exclaman entusiasmados: «*No hay sabiduría, no hay prudencia, no hay consejo contra el Señor*»

SECCION DE NOTICIAS.

Los periódicos católicos de Roma han desmentido enérgicamente las noticias echadas á volar por la prensa liberal sobre la salud del inmortal Pio IX.

El estado de salud de Su Santidad es excelente.

*
* *

La Voce della Verità, hablando de los atropellos últimamente cometidos por el Gobierno de Víctor Manuel, dice lo siguiente:

«Cuando Alarico entró en Roma, ordenó que fuesen respetadas las iglesias, y en especial la basílica de San Pedro, y sus

descendientes no respetan ni aún la basílica de San Pedro. Tan cierto es aquello: *¡Aetas nepotum peior avis!* Después de haber destruido la iglesia de San Cayo, las de la Encarnación y Santa Teresa, hoy se han incautado de la de San Antonio en el Esquilino y de la de Santa Marta en el Colegio Romano, además del oratorio público de San Carlos y de Santa Teresa, unido á la iglesia de Santa María de la Scala.

No preguntaremos en nombre de que ley se han llevado á cabo estos nuevos atropellos. Podríamos hacerlo en un país en que se respetaran los fueros de la justicia; pero en Italia, donde se gobierna sin sujeción á los eternos principios de lo justo, no se debe hablar. Es necesario esperar la Constitución turca. Por otra parte, á propósito de la iglesia de San Cayo, demostramos como la junta liquidadora no podía fundar en ninguna ley el despojo, pues perteneciendo dicha iglesia á las Ordenes religiosas, quedaba positivamente excluida.

Era la mañana del día 13 del corriente, cuando una comisión de la junta liquidadora entró en la iglesia de San Antonio Abad en el Esquilino. Es esta la única iglesia dedicada en Roma al ilustre patriarca; fué fundada en el siglo XIII por tres personajes históricos, entre los cuales Cayetano Orsini fué Sumo Pontífice con el nombre de Nicolás III.

La iglesia de que se ha apoderado la junta, no está comprendida en el decreto de espropiación; y esto es tan cierto como que el Gobierno mismo, al liquidar la asignación de los monjes, no tuvo en cuenta el área de la iglesia, como hubiera hecho si la iglesia hubiera debido ser espropiada. Añádase á esto que la iglesia de San Antonio fué siempre conservada como sucursal de la parroquia de Santa María la Mayor, lo que no debía desconocer la junta, toda vez que siempre se ha guardado de nombrarle un gobernador. Mas ¿de qué sirve la justicia en la tierra de los vándalos? La iglesia ha sido ocupada, y dentro de poco será demolida, no

solo con daño del arte y de la historia, sino de los mismos miembros de la junta, que en los días de calamidad no hallarán ya la iglesia de San Antonio en que recogerse.

Una hora después de llevar á cabo este sacrilegio, se preparaba otro en la iglesia de Santa Marta, en la plaza del Colegio Romano. Aquí no fué necesario llamar ni usar de la ganzúa; la iglesia estaba abierta al público, y los caballeros de la junta entraron como Pedro en su casa.

Hablemos ahora de lo que sucedió en el oratorio de Santa María de la Scala. Pero no; contar la historia de un atropello, es contar la historia de todos. En Santa María sucedió lo que había sucedido en las otras iglesias; los comisionados de la junta se apoderaron de lo ajeno contra la voluntad de su dueño, y sin tener en cuenta ninguna de las prescripciones más vulgares de la ley, de la justicia y hasta de la buena educación.»

*

* *

Para que vean nuestros lectores á qué punto han llegado las cosas en Italia, les diremos que acaba de publicarse con la aprobación de Garibaldi y un epígrafe escandaloso de Proudhon, un periódico titulado *El Ateo*.

*

* *

Se ha anunciado la vacante de la Canonía Lectoral de la Metropolitana Iglesia de Santiago de Compostela. El término de los edictos se fija en el día 16 de Octubre,

—También se va á proveer por oposición la Dignidad de Abad de la Santa Collegial Iglesia de Logroño. Los aspirantes pueden dirigir sus solicitudes á la Secretaría de Cámara del Ilmo. Sr. Obispo de Calahorra.

*

* *

En Fermo (Italia) ha empezado á publicarse, bajo el título de *El Liceo*, una revista científica, destinado á defender y propagar los buenos principios del escolasticismo.

BOLETIN

DE LOS

Círculos Católicos de Obreros.

CIRCULO DE DOS-TORRES.

Allanando caminos y venciendo obstáculos hemos logrado al fin llegar á feliz término; y el día 26 del actual, háse inaugurado solemnemente el círculo católico de obreros en esta religiosa villa.

Prévias las atentas invitaciones por la junta directiva y con asistencia de las autoridades y clero con numerosa concurrencia de fieles, tuvo lugar en dicho día la función religiosa de Reglamento en la Iglesia de Santiago, que fué parroquia de Torre Franca.

Con extraordinario entusiasmo y el mejor espíritu en todas las clases, se celebró esta fiesta de imperecedero recuerdo. El muy digno y celoso Rector, Don Juan Luis Castelo y Romero, en una oración elocuentísima, á la altura de su buen nombre, manifestó la influencia del Catolicismo en la sociedad, ora se atiende al desarrollo intelectual y moral, ora con relación al progreso en las ciencias y en las artes.

La solución que el Sr. Castelo dió á las objeciones que la maledicencia y la vulgaridad suelen oponer á los círculos católicos, fué, sobre franca, valerosa y convincente; al punto de llevar la luz, la verdad y entusiasmo al ánimo de su atento y complacido auditorio. Plácemes y felicitaciones se dirigian por doquiera al orador sagrado, y la palabra cristiana *adelante* resonaba por todos los ámbitos del Templo.

Alentados, pues, con este acto tan solemne y conmovedor; sostenidos por los grandes espectáculos que, por favor de Dios y la sabia iniciativa de nuestro Prelado, está ofreciendo esta bienhechora institución en toda la provincia; inflamados nuestros corazones y fortificadas nuestras almas con la bendición de nuestro Santísi-

mo Padre el Gran Pio IX, marcharemos derechos á nuestro objeto salvador, sin miedo y sin indecisiones, sordos á los clamores de nuestros adversarios y á los consejos de los tímidos; y si al presente, por falta de local adecuado, tenemos necesidad de congregarnos en la mencionada Iglesia de Santiago, aquí aguardaremos tranquilos la justa victoria prometida á los que pelean en el nombre del Señor.

29 Agosto 77.

P. J. R.

*
* *

Se han instalado las Juntas Directivas de los Círculos Católicos en los pueblos siguientes:

LUCENA.

Presidente: D. Pedro Romero Hernandez, *carpintero*.

Vice-presidente: D. Rafael Martinez y Moreno, *sastre*.

Consiliario: D. Antonio Muñoz del Valle, *párroco*.

Tesorero: D. Francisco Córdoba y Rodriguez, *panadero*.

Secretario: D. Rafael Matamoros y Mora, *oficial de pluma*.

Vice-secretario: D. Francisco Búrgos y Serrano, *id.*

Bibliotecario: D. Juan Luis Pineda y Cuenca, *carpintero*.

Vocales: D. Antonio Pablo Gimenez y Ramirez, *zapatero*, y D. Acisclo Ramirez y Algar, *albañil*.

Incorporada al Círculo Católico de Lucena la Academia de Artesanos establecida en la misma ciudad, para que los socios que la componen reciban la instrucción que aquel tiene por uno de sus principales objetos, las asignaturas se hallan á cargo de los señores siguientes:

D. Antonio Muñoz del Valle, Párroco: Religión y Moral.

D. Juan María Hidalgo, Pbro: Historia Sagrada.

D. Pedro Lopez Búrgos, Párroco y Director de la Academia: Matemáticas, Geografía, Higiene, Urbanidad y Cortesía.

D. Alejandro Escudero y Galiano: Lectura, Escritura y Ortografía.

D. Francisco Montis y Valle: Dibujo natural, lineal y de adorno.

D. Antonio Enrique Leiba: Música.
VISO.

Presidente: D. José Linares Muñoz.

Vice-presidente: Don Manuel Gomez Lopez.

Tesorero: D. Felipe Moreno Ruiz.

Consiliario: D. José Castellano y Cámara, Pbro.

Secretario: D. José Sanchez Jurado.

Encargado de la escuela: D. José Ramon Linares.

HINOJOSA.

Presidente: D. Juan Gonzalez.

Vice-presidente: D. Pedro José Mohe-
dano.

Consiliario: D. Manuel Aranda y Lopez,
Pbro.

Tesorero: D. Juan Garcia.

Secretario: D. Antonio Sanchez.

Vice-secretario: D. Pedro Aranda.

Bibliotecario: D. Juan Sanchez.

Vocales: D. José Torres y D. Rafael
Cantueso.

DOS-TORRES.

Presidente: D. Pedro José Redondo.

Vice-presidente: D. Vicente Muñoz Al-
calde.

Consiliario: D. Juan José Troyano, Pbro.

Tesorero: D. Juan Gonzalez Fernandez.

Secretario: D. Pedro Madueño Hoyo.

Vice-secretario: D. Alfonso Caballero
Medran.

FUENTE-OBEJUNA.

Presidente: D. Francisco Haba.

Vice-presidente: D. Juan Félix Sanz.

Consiliario: D. Antonio Joaquin Zamo-
rano, Pbro.

Secretario: D. Antonio Rodriguez Me-
llado.

Tesorero: D. Antonio Cabezas.

Vocales: D. José Rodriguez Mellado y
D. Juan Manuel Marquez.

CABRA.

Presidente: D. Juan Lopez Cordon, co-
merciante.

Vice-presidente: D. Joaquin Castañeda,
almacenista de curtidos.

Consiliario: D. Manuel Carrera, *Cura
propio de esta parroquia.*

Tesorero: D. Francisco de P. Valenzue-
la, *propietario y molinero.*

Secretario: D. Manuel de Luna, *profe-
sor de primera enseñanza.*

Vice-secretario: D. José Maria Mora,
sacristan mayor de dicha parroquia.

Bibliotecario: D. José Maria Vaca, *ofi-
cial del registro de la propiedad.*

Vocales: D. Francisco Moreno Cruz, *ha-
cendado y corredor.*—D. Mariano Ortiz,
cantero y lapidario.—D. Adriano Oteros,
cerrajero.

POSADAS.

Presidente: D. José Benitez.

Vice-presidente: D. Pedro del Alamo.

Consiliario: D. Juan Maria Guzman,
Pbro.

Tesorero: D. Antonio Guzman.

Secretario: D. Juan Rey y Garcia, Pbro.

Vice-secretario: D. Antonio Blanco.

Resumen de las materias que contiene
este número:

SECCION DOCTRINAL.—*Las huelgas*, por
D. J. Ruiz Leon.—*Discurso pronunciado
en la Asamblea general de los Circulos
de Obreros* por el Sr. Conde de Mun (con-
clusion.)—SECCION DE VARIEDADES.—*Pio
IX y las peregrinaciones.*—SECCION DE
NOTICIAS.—BOLETIN DE LOS CÍRCULOS CA-
TÓLICOS.—*Apertura del Circulo de Dos-
Torres*, por P. J. R.—*Instalacion de las
Juntas Directivas de los Circulos de Lu-
cena, Viso, Hinojosa, Dos-Torres, Fuente-
Obejuna, Cabra y Posadas.*

CÓRDOBA: 1877.

Est. tip. LA ACTIVIDAD,
Liceo, 41.